

ENTRE MONOS Y SABIOS VIVEN LOS TOROS

Mención Especial en el III Concurso de Relato Corto La Encerrona – 2006

Autor: Carlos VILLABONA LIZARBE

Estaba dormido cuando sentí un golpe muy grande. Al abrir los ojos, no sabía si las estrellas estaban en el cielo o dentro de mi cabeza; sólo sé que veía cientos de ellas. Fue capricho de mi madre el empeñarse en parirme de pie. Después, una especie de esponja me fue secando; era la lengua de mi madre. Conseguí, no sin esfuerzo, ponerme en pie y tomar unos tragos de leche que hicieron que cogiera fuerza para lo que me esperaba. Pasados los días fui tomando contacto con el grupo de la manada. Había otros muchos como yo. Los juegos y carreras hacían que aquello fuese un paraíso. Días más tarde, sobresaltado me desperté y cuando abrí los ojos, un par de seres con sólo dos patas impedían que me pudiera escapar. Pasé un mal rato y noté que las orejas me dolían, llamé a mi madre y rápidamente me contestó. Fui en su búsqueda y cuando llegué le pregunté: ¿qué me ha pasado? Ella respondió: Tranquilo, te han adornado las orejas con pendientes. Volví a preguntar: ¿quién lo ha hecho? Ella me respondió: “los monos”. ¿Por qué se llaman monos?, dije yo. Los sabios les llaman así porque cuando los persigues, caen al suelo y tan pronto están a cuatro patas, como a dos, como se suben a un árbol o trepan por las paredes. Volví a preguntar: ¿quiénes son los sabios? Dentro de un tiempo los conocerás, respondió ella.

Pasaron los días y la presencia de los monos era cada vez más habitual. Podían llegar a pasar cerca, nunca te llegaban a tocar. Si nuestros movimientos eran bruscos, rápidamente retrocedían buscando un refugio.

Días más tarde estaba durmiendo entre unas matas. Cuando escuché un ruido extraño eché a correr sin pensar lo que hacía. Un mono corría delante de mí desesperadamente. Pensé que era un juego y seguí tras él. Un traspie dio con sus huesos y los míos en el suelo, la experiencia no fue buena. Yo terminé con una pata maltrecha y él subido a un árbol.

La siguiente vez que vi a un mono estaba muy bien acompañado, subido sobre un caballo y a sus pies había dos perros. Mi madre dijo: más vale que no te enfrentes a ellos pues si lo haces, saldrás mal parado ya que sus mordiscos son terribles y puedes quedarte sin rabo. Uno de mis compañeros de juegos me preguntó: ¿por qué tu madre es blanca y tu casi? No le supe responder y mirando por el rabillo del ojo descubrí que mi trasero también era blanco pero con unas preciosas manchas coloradas. Mi curiosidad debía ser satisfecha. Corrí hacia mi madre y le pregunté: ¿por qué no soy negro o colorado como los demás? Los colores no son tan importantes siempre que seas toro, añadió ella. ¿Quién es mi padre? Para esta pregunta tendrás respuesta algún día.

Cuando el calor comenzó a apretar fuerte, una mañana mi madre me dijo que dentro de unos días algo muy importante me iba a suceder, que no tuviera miedo porque todo pasaría y ella siempre estaría conmigo. El día que mi madre había anunciado llegó. Monos a caballo con perros comenzaron a conducirnos por los

cercados hasta llegar a los corrales. El ruido y el polvo hicieron que sintiéramos pánico. Cada hijo con su madre, las orejas y rabo levantados y los pelos como púas. Un escalofrío nos corría por todo el cuerpo. Una cosa dijo mi madre: pórtate bien y si tienes dudas pregunta a los sabios. ¿Quiénes son los sabios?, dije yo. Pronto los conocerás. Son grandes, muy grandes y tienen música en el cuello. El desconcierto era total cuando comenzamos a pasar por diferentes puertas, primero grandes y luego más estrechas. Me pegué al trasero de mi madre y seguí tras ella. De pronto la puerta se cerró. Mi madre desapareció con su blanco resplandor mientras se abría otra puerta. Pasé por ella y ¡sorpresa! todos los que allí estábamos éramos pequeños, todos de igual tamaño, no había madres, todos éramos toros. Las llamábamos y a lo lejos nos contestaban, cada vez más lejanas y por fin sus bramidos callaron. Nosotros gritábamos y el pánico se apoderó de nosotros. Aquella sensación duró por lo menos quince días. Todo había cambiado: no teníamos madre y por lo tanto, adiós a la leche. Estábamos encerrados entre cuatro paredes que no nos dejaban ver el campo. De pronto comenzamos a escuchar una suave música, (“tilín, talán”,...) cada vez más cercana y la puerta se abrió. De repente, seis gigantes con su música aparecieron a la voz de “puerta, buey”. Todos nos preguntábamos qué era aquello, comenzamos a correr despavoridos. Ellos dijeron: estad tranquilos, somos sabios, somos amigos, entonces el miedo pasó a ser curiosidad.

Pasados algunos días se escucharon murmullos de mono. Corrimos a preguntar y un sabio dijo: hoy será un día importante para vosotros. Pasaréis por muchas puertas, también la prueba de fuego y varios pinchazos. Después escucharéis

un número y un nombre; ya no tendréis pendientes y lo mejor, YA SERÉIS TOROS. El recorrido comenzó, puerta derecha, puerta izquierda,... Todos mis compañeros desaparecieron. Sentí la prueba de fuego y luego los pinchazos, quedé dormido. No llegué a escuchar ni mi número ni mi nombre. Cuando desperté estaba aturdido y, pasado un rato, pude escapar de allí. Encontré a un sabio y le pregunté: ¿sabes cómo me llamo? No escuché ni mi nombre ni el número. “Seguramente te llamas Caminante y el número es el 100, lo llevas en la espalda”, dijo él. Salí corriendo y gritando: ya tengo nombre, me llamo Caminante. Sonaba bien para un toro. Todos mis compañeros callaron, no tenían el cuerpo para gaitas. El dolor de la prueba de fuego duró varios días pero yo sentía algo más que el fuego dentro de mí, no sabía qué era. Pero cambió mi carácter. Mi dolor era más íntimo; pregunté a los demás y nadie sentía lo mismo que yo. Nadie quiso darme respuesta así que, de momento, no quise hablar más de ese tema.

Los sabios nos anunciaron que pronto volveríamos a la pradera pero antes volvimos a pasar por las puertas. Quedaba la última prueba, llamada de bravura pero poco pudieron decirnos ya que ellos no la habían pasado. Ese día quedé encerrado en un cajón y al salir de allí, algo tenía en el cuello que me abrazaba; cada vez que me movía, mi cuello hacía música; ahora era un toro con “tilín, talán”. La música debía de ser el premio a mi bravura o quizás era porque yo era el mayor de todos; nadie me contestó. Nuestra vida era placentera en la dehesa. La comida era abundante y nos molestaban pocas veces. Así fueron pasando muchos meses y años hasta que un buen día, uno de los sabios me hizo una señal para que fuese con él.

Florito era su nombre y me dijo: hoy tendrás respuesta a tus preguntas. Tú no eres un toro aunque vives con ellos; tú eres un pequeño sabio y por eso tienes música. Tu pelo no es ni colorado ni negro, eres berrendo. El dolor que sentiste el día de la prueba de fuego fue por algo que te quitaron, nunca te volverá a doler. Tu padre era toro si pero charolés. Las incógnitas de mi vida se iban resolviendo poco a poco.

Pasados unos días, el sabio Cantarín me dijo: mañana comenzaremos los ejercicios, no será fácil. Carreras por el campo acompañando a los toros de aquí para allá, de allá para aquí, una y otra vez. Llegué a perder la cuenta ,mis patas temblaban, el sonido de mi respiración tapaba la música. Había perdido sesenta kilos en esos días y mis patas se volvieron ágiles y fuertes así que ya estaba dispuesto a todo.

Cantarín me dijo: terminada la preparación, partiremos de viaje y llegaremos a una ciudad donde viven los monos. En ella hay un círculo mágico donde, por muchas vueltas que des, siempre estarás en el mismo sitio. Pero para llegar a él tendrás que hacer una entrada triunfal por las calles acompañado de cinco sabios más experimentados que tú y seis toros. Se abrirá la puerta tras un estruendo y cientos de monos correrán delante de ti. Cuando tus músculos se estiren sentirás otro estruendo. Ya en la carrera, unos caerán vencidos por el miedo, otros por el poco respeto que se tienen entre ellos. Eso hará que la carrera no sea fácil. Algunos, los menos, correrán unos metros delante de ti dejándote paso y respetando tu condición de guía. Si un mono se pone delante, lo retirarás con el hocico y si se pone terco, lo tendrás que quitar como puedas. Procura no ensañarte porque si no, pagarás cara tu

traición y tus días de sabio estarán contados. Cuando llegues al círculo mágico procura conducir los toros al corral ya que, si los dejas solos, ellos no tendrán piedad. Acometerán tras los monos a diestro y siniestro. Si por la tarde sales de nuevo al círculo mágico, recogerás a un toro malherido pero con la cabeza bien alta, como un dios, que podrá llegar a ser un buen padre. O por lo contrario, acompañarás a un toro despreciado que morirá en la sombra al que nunca más verás. Si tu comportamiento es bueno, podrás volver al campo y contar a las nuevas camadas de toros cómo será su vida y resolver sus dudas.

Todos pasamos la noche en vela, el nerviosismo nos traicionaba. La hora había llegado cuando Cantarín se me acercó. ¿Qué decides?, dijo. ¿Con los monos o contra ellos? Sonó un estruendo y me repitió ¿qué decides? Con orgullo, la respuesta fue: PUERTA, BUEY.

